



# DEL CAMPO CONTRARIO

## ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

V

Antolin Borona, el hortera de *la Cuenca del Duero*, había crecido y crecido trás del mostrador, entre borrachos y criadas. Trabajaba como bestia desde las cuatro de la mañana hasta las once de la noche y sabía resbalar con alpargatas á las mil maravillas, mejor que patinador ruso, para despachar garbanzos y aguardientes. Criado en ese lodo, que en tiendas y cantinas se amasa con alcohol, tenía algo del cerdo que en lodo se cría. Ya no le quedaba ni gazopía de la inocencia que trajo de la montaña santanderina, pero sí toda su rudeza y tosquedad aumentadas en quinta y tercia. Para hablar pestes y obsenidades, de nadie era zagüero. Tenía sus dos ahorros bien guardados: uno de dinero, trescientos pesos de los cien por año que ganaba desde hacía tres, pues los otros dos desde que vino al país casi no le habían pagado. Era el otro, ahorro de vicios, que se habían venido almacenando en su corazón todo ese tiempo en aquel medio ambiente fétido y corruptor en que el mozo vivía, vicios de pensamiento, porque los otros costaban. Contaba diecinueve años Borona y tal era cuando conoció á María Hortensia en la fiesta profana que hacen anualmente los españoles en el Tivoli, el día de la Santísima Virgen de Covadonga. La vió Antolin altiva cual ninguna, la creyó muy rica y concibió un *projecto*.

VI

—Oiga, patron—le decía Antolin á su amo, una noche despues de haber cerrado la tienda—yo quiero ser propietario.

—¿Propietario de qué?—repuso el otro azorado.

—Pues ahí es nada, de tienda.

—Anda, chico, que yo no te guardo arriba de trescientos pesos.

—Por eso, quiero que V. me haga propietario.

—Vamos, que no te entiendo pizca.

—Es el caso que he visto á una rica heredera, que, vamos, me convendría; pero si no me presento con algo de capital, me mandan á... los *talleres de Cajo*; con que póngame una vinatería, al ménos de seiscientos pesos, cuando me case y me venga el dote, le pago el doble y... asunto *arreglao*.

El amo pensó el negocio, creyó que le convenía y... he ahí que esa tienda pintada de verde, que ostenta un rotulon de rojo y amarillo con el risible nombre de "*La gran ciudad de Potes*," abierta frente á los balcones de María Hortensia Lazalde, es *propiedad* del Sr. D. Antonio Borona. Y hete ahí á Antolin como el asno enmascarado de la fábula, con nuevo disfraz, trás del mostrador ó en la puerta, sacudiéndose á cada minuto el polvo de los pantalones nuevos, atusándose el bigotillo, con el pelo indócil abierto á duras penas por la raya inclinada al lado izquierdo, muy risueño, muy alegres sus ojitos, esperando con paciencia heróica de pescador de caña que aquel dote se le venga al anzuelo.

VII

Cuentan que cierta vez un hombre del pueblo, de lo más pobre, astroso y feo que en la plebe se ha visto, se acercó á una elegante señorita, que sentada con otras jóvenes en la banqueta de un jardín público estaba hecha un sol de hermosura y riqueza, y que, mostrándole un papel sucio, mal doblado y peor escrito, la importunaba diciendo:—Niña, hágame favor de enterarse.

—¿Que es algun memorial pidiendo li-

mosna?—preguntó la dama.—Vaya á V. á casa, aquí no.

—No, niña, si es que me cuadra mucho su merced y... á ver si entramos en relaciones.

—Vaya V. de aquí, atrevido, canalla—gritó ella.

—Pues, niña, como yo he oído decir que ustedes las mujeres escogen lo peor, y peor que yo no hay...

Y María Hortensia escogió lo peor, porque en verdad sería difícil hallar un novio peor que Borona. *Marido y breña han de venir de España*, solían decir nuestras tatarabuelas. Y acaso por ese apotegma podría haberse regido Hortensia, que presumía de ser purísima criolla y de sangre azul; mas no lo hizo por eso; vió la constancia de Antolin, á quien no le calabán desdenes ni desaires y tomóle por el hombre del amor absoluto que ella apetecía. ¿Qué la importaba fuese quien fuese con tal que la perteneciera totalmente un corazón? Y remedio no hubo y no valieron oposiciones, ruegos ni lloros de la familia Lazalde. Contra todo viento y marea Hortensia fué sacada de su casa y depositada por órden del gobernador y se procedió al matrimonio.

Había un ligero inconveniente: Antolin no tenía ganas de confesarse, habíase yuelto poco católico y medio clerófobo. Pero tenía por dependiente á un pobre batueco, alto y recio como un roble y tonto como un pederrial, y á éste le pagó un par de duros porque fuera á confesarse en su lugar. Y fué el batueco; cuando le preguntaron su nombre para asentarle en el certificado, dijo llamarse Antonio Borona y ese obstáculo se allanó. Y, señor, que se casaron y Borona se presentó en

el templo con tan poco disimulo de su avaricia que llevaba prendidas en la corbata dos perlas negras, que todo el mundo le había conocido á la mamá de Hortensia.

## VIII

Muy pronto la luna de miel se cubrió de nubarrones. Hortensia se desengañó, había creído encontrarse un océano de amor y se hallaba sólo una charca. En cuanto á Borona... también se desengañó. ¡Qué chasco! La muchacha no poseía arriba de tres mil pesos de capital. Antolin no durmió toda una noche y partes de otras pensando en aquello que no parecía cosa de verdad sino pesadilla.

—¡Venir á América—exclamaba Borona entre interjecciones soeces y tirándose de los pelos—trabajar como acémila, hacer el amor con la paciencia de un perro y atarse con el matrimonio para dar en la miseria de ruines tres mil duros! Y ¡tener que pagarle seiscientos de ellos á su expatron! Borona reflexionó mucho sobre aquella desgracia y pronto apareció dominándole la atrabilis que le arrastraba á maltratar de palabra y aún de obra á su señora. Y pronto la tristeza arrebuja en su alboroz de sombra se sentó en aquel hogar.

A fuerza de reflexionar el abarrotero concibió un segundo proyecto. Tenía Hortensia una hermana menor, Blandina, niña apénas núbil, alta, delgada, esbelta y linda como vara de nardo, inocente y buena como una palomita. A ese ángel le echó el ojo el gachupin para su proyecto. Si lograba casar á Blandina con su dependiente el batueco que era tan alma de cántaro; él (Borona) manejaría los otros tres mil durillos. Pues ¡manos á la obra! Una noche se entabló este diálogo entre patron y dependiente.

—Oye, Toribio, ¿has notao qué guapa es mi cuñadita?

—¡Uh! sí, D. Antonio, es una perluca la niña Lupe.

—No digo esa, penco, la otra, la Blandina, que sí es oro en paño.

—¡Uh! sí, guapa como el peral del tío Roque de mi pueblo.

—¿No te gustaría para casarte con ella?

—¡Uh! si yo soy un pobre, más feo que el enanuco del Rey del cuento que me contaba mi agiiela.

—Eso no hace al auto, trapantojo. Haremos un trato.

—Usted determine, patron.

—Tú le cantas el amor á la moeita, yo te protejo y hago que mi señora te ayude y si te casas yo administraré el dote, porque tú no sabes.

¿Estamos?

—¿Que si estamos? Por el Cristo de Burgos que vino por la mar, que sí—replicaba el batueco sonriendo sandiamente.

## IX

La tarde de un domingo Hortensia consumó el gran sacrificio, no por generosidad, no por grandeza de alma, por vileza, por cobardía. Su marido la había urgido con brusquedad, con amenazas á que inclinase el corazón de Blandina á aceptar el amor de Toribio, y ella no pudo resistir, tuvo miedo, y ella, la altiva, la desdeñosa, humillada como leona á los golpes del domador, comenzó mansamente á insinuar en el ánimo de su hermana que ya era tiempo de que amase. La débil niña la escuchó asombrada al principio, pintóse luego de rubor y acabó por sonreír como una loquilla. Hortensia, cuando hubo terminado su coloquio con ella, no pudo más, salió á la próxima habitacion á enjugarse los ojos, el alma se le despedazaba de haber tenido que desempeñar tan innoble papel y con su propia hermana. Comenzó ésta á recibir cartas, que redactaba y escribía Borona, porque su dependiente—decía él—no andaba poco lerdo que digamos en estilo y ortografía; pero con todo eso las dichas cartas resultaban, como su autor, insoportables. La chica se divertía con ellas, rogaba á Hortensia que se las explicase, lisonjeábala que le dijese piropos

aunque fueran de batueco y agradábala sobre todo que la diesen fruslerías. Cierta vez la envió Toribio por consejo de Borona un rorro muy grande, muy rubio, de ojos muy azules, que decía: *papá y mamá*, que la hicieron creer entre la hermana y el cuñado era su vivo retrato y que la hechizo por completo. Lo que acabó de prender en amor el corazón inocente de Blandina fué ¿quién lo creyera? el oír las zafias pláticas de Toribio. Los domingos en la tarde, que el patron le permitía subir á conversar un ratito con ella, él hablaba apénas, todo cortado y lleno de turbacion; mas cuando la niña le preguntaba de su tierra y familia, el pobre moceton se soltaba contando con humilde franqueza los trabajos de su infancia pasada en guardar ovejas en los hórridos y escarpados riscos de su patria, cómo *la quinta* le había arrancado de su hogar, la tierna despedida de su madre cuando se apartó para siempre, sus penas en la guerra de Cuba, los bancos de palos que recibió en el cuartel y su fuga al través de la *manigua*. Y le mostraba sus horrendas cicatrices y sus brazos *tatuados* y alguna que otra lágrima rezagada que teñían los ojos del pobre imbécil y Blandina acababa por llorar de compasion. Era aquello reproducción, algo cursi, de la escena en que Otelio le relataba sus aventuras á Desdémón, hasta por el contraste que hacía el membrudo y moreno jayan con la delicada y blanca niña. En suma, que enredada Blandina en tantos hilos, como de consuno tejían su hermana, su cuñado y el batueco, cayó indefensa como mosquita en telaraña. Sus amores tuvieron mucho de forzados, lo que tiene de feo una flor que sorprende en capullo y abre á mano el jardinero. Pero al fin Toribio la llevó al altar, y fué ese día el pobre sin hallar qué hacerse con las mangas de la primer levita que le llegaban hasta las falanges, y con la corbata que pugnaba por estrangularlo.

## X

D. Antonio Borona allí está muy satisfecho, orondo, radiante, en su nueva tienda "*La Audacia*." Esta sí que es tienda, con cinco puertas, rótulo de marmaja y oro, escaparate de limpio y ancho cristal, colmado de botellas lujosas, de chorizos, uvas, frutas secas, langostinos y tortuguitas vivas, con su piso nuevo cubierto de aserrin, su mostrador esbelto coronado de modernas balanzas, de bandejas con viandas y del enorme queso de Gruyère, sus pilas de cajitas de conservas y sus ringleras de frascos y botellas desde las cristalinas y sutiles de anisete Mallorquin hasta las barrigonas y negras que contienen el aristocrático Champaña. Esta sí que es tienda, establecida con los dineros de su mujer y su cuñadita. Ahora sí que Borona marcha boyante y feliz. Allí está Toribio trabajando siempre como un negro, y allí está también clavado en una de las puertas un escudo de hoja de lata con un dragon rojo en campo negro, señal de que la casa está asegurada de incendio, porque el previsior Borona ha tomado una póliza de diez mil pesos por lo que pudiere acontecer; en fin que Borona ha concebido un tercer proyecto.

(Continuará.)

## ¡COMO HA DE SER!

Me dices que te mueres porque ha muerto el ángel de tu amor  
y que ya el mundo es para tí un desierto,  
la vida un torcedor;  
Que al mirar al través de la que lloras  
sin ella el porvenir,  
maldices de los días y las horas  
que tardes en morir;  
Que del mágico eden que el amor crea,  
sólo te queda ya  
el rincón del osario de tu aldea  
en que enterrada está,

Y que allí, ante la fuente de tu duelo,  
hallas placer cruel,  
con ansias locas de escarbar el suelo  
para enterrarte en él.  
No pides luz al sol, ni al día galas,  
y con delirio atroz,  
me escribes no sé qué de alma sin alas,  
de pájaro sin voz.  
Para tí el hondo libro de la vida  
no tiene más lección,  
que el pedazo de tierra removida  
que encierra tu ilusión.  
¡Esa es la historia eternamente nueva!  
pero ¡cómo ha de ser,  
si en plena juventud no hay hijo de Eva  
que la sepa leer!  
Yo sé de alguno,—y á los dioses juro  
que es cierto lo que sé—  
que también ha cruzado el antro obscuro  
en que tu amor se ve.  
Las tardes del otoño, entristecidas,  
á la poniente luz,  
le vieron sobre tierras removidas  
llorar junto á una cruz.  
Manchas oscuras de hojarasca yerta,  
con débil revolver,  
sobre la tierra de la amada muerta  
caían sin cesar.  
¡Y todo era allí triste!—un alma en duelo,  
la hojarasca ruin...  
y entre la muerta y el negruzco cielo,  
¡la soledad sin fin!...  
Después, tendió su manto la nevada:  
blancura sin igual  
que á los rayos del sol brilla irisada  
cual polvo sideral.  
Y al mirar tan purísima cubierta,  
hirióle la ilusión  
de que surgía de su amada muerta  
la blanca aparición,  
Que en un rayo de sol, blanca y alada,  
brotando del no ser,  
ascendía sin fin, transfigurada  
en ángel la mujer;  
Porque es cosa vulgar que en todo amante,  
aun el más infeliz,  
hay algo de aquel fuego con que el Dante  
idealizó á Beatriz.  
Lo que es que un sér mortal idealizado,  
deja de ser mortal!...  
y en clínica de amor ya está curado  
quien ama en lo ideal.  
Pasó la nieve; y al llegar de Mayo  
aquel dulce calor  
Que cuaja misterioso en cada rayo  
una esperanza en flor,  
Vió el amante florido el triste osario,  
y en torno de la cruz,  
cada flor parecía un incensario  
de amor hacia la luz.  
Y entre flores y aromas y quimeras,  
pasando fué ¡ay de mí!  
lo que tu pasarás, aunque no quieras,  
pues Dios lo quiere así.  
Las flores que tus manos colocaron  
en la adorada sien,  
son hijas de las flores que brotaron  
en el primer Eden;  
Y el ruseñor que escuchas, ha aprendido  
su canto seductor,  
del ruseñor aquél que hizo su nido  
junto al primer amor;  
¡Y ya ves qué de inviernos han pasado,  
qué de centurias van,  
sin que haya su belleza abandonado  
esta casa de Adán!  
Pues así de la vida el breve vuelo  
se abate ante el dolor,  
sin ver que cada flor que mata el hielo  
es gérmen de otra flor.  
De amor nacida y para amar creada,  
irá de cruz en cruz  
el alma, que es la eterna enamorada  
de todo lo que es luz;  
Y á cada muerto amor, nuevos amores  
su fé despertarán,  
y otra vez los divinos ruseñores  
¡sus bodas cantarán!  
¡Lo dudas? ¡no lo dudas que está escrito!...

Pero ¡cómo ha de ser,  
si el amor, cuando llora, es un bendito  
que no sabe leer!

M. MORERA Y GALICIA.

## UN BAUTIZO EN 1793.

### I

EN un monte de abedules, de hayas y de viejos robles, en medio del inmenso bosque de la Saudraye, sobre el musgo espeso que amortigua el ruido de los pasos, está levantado un altar rústico, hecho de prisa con ramas de boj, un grueso tronco de ciruelo salvaje y de altos helechos. . . . Y bajo la temblorosa pared de ramas que el hermoso sol de Mayo salpica de oro, en medio del perfume penetrante de las caléndulas y de los narcisos de los prados, la misa comienza. Una misa de alba oficiada por el anciano sacerdote de Astiè que se oculta hace meses bajo un vestido de aldeano, y quien esa mañana ha revestido su ropa sacerdotal; oída y ayudada por los dos castellanos de Pont-Blanc refugiados en una casucha de guarda á la entrada del gran bosque, con su nieto que cuenta apenas algunas semanas.

La anciana marquesa bajo su manto, con infinitas precauciones, tiene religiosamente oculta alguna cosa de forma larga, envuelta en encaje; algo blando, seguramente frágil, y tanto, que sus movimientos durante el oficio son lentos, acompasados, como si temiera maltratar un objeto precioso, como si pensara que se le escapaba ó se quebraba bajo sus débiles dedos de anciana algún ligero pájaro. . .

De tiempo en tiempo el marqués con peluca blanca se inclina hacia su compañera, le habla en voz baja, no respondiendo por arreglar un pliegue del largo manto forrado, de la anciana dama, como si temiera para ella la frescura de la mañana. . . . mientras que bajo las frondas, bajo las púrpuras ligeras del sol levante, los pájaros y las flores parlotean, rodeados de toda la poesía, de todo el encanto misterioso que se desprende de esos grandes paisajes tranquilos. . . .

### II

Estamos á fines de Mayo de 1793, Gohier, Ministro de Justicia, y Bouchotte, el de guerra, han enviado á Bretagne, con Santerre, cerca de ocho mil hombres, treinta piezas de cañon y con esta consigna: "¡Que no haya gracia ni cuartel!" Y el batallon, metido en el bosque de la Saudraye desde la víspera por la noche, marchaba al acaso con inquietud, temiendo caer en una emboscada: detenido á cada paso por este inmenso soto y altos zarzales. Los soldados se introducían con precaucion en ese lugar espantoso en donde Meresqueton, el cojo foroz, ejercía tantas venganzas terribles desde Noviembre de 1792; en esta especie de matorral salvaje en donde el ala gris de la noche parece siempre explayada.

Por todas partes huellas de campamento, lugares quemados, montones de cenizas, tibias aún, fuegos de vivacs abandonados, y en los bordes de los senderos perdidos, los bastones en cruz indicando que han dicho la santa misa, la última oracion cerca de un moribundo. . . . pero, en ninguna parte, ningún ruido, ningún soplo que indique que hay un alojamiento ó un abrigo en donde se oculten, con el fusil en la mano, algunos rebeldes. El bosque parecía desierto. Y como es preciso encontrar á los que han pasado por ahí, á través de los acebos, que se han tenido bajo la frescura de los viejos helechos arrancados, el batallon va á redoblar su prudencia.

Un viejo granadero va como explorador. El dedo sobre el gatillo del fusil, mirando á derecha é izquierda, va hacia adelante, deteniéndose de vez en cuando para escuchar. Las horas pasan, siempre na la, sólo el espantoso silencio de la naturaleza dormida. . . . Va á dirigirse sobre la izquierda del bosque, cuan-

do bruscamente por la derecha, en la direccion de B. . . . observa algo que puede ser el roce de las hojas bajo el peso de alguna liebre: un murmullo de oraciones, el vuelo de una garza ó de una gallina acuática sobre el pantano vecino, lo detiene.

. . . . En acecho, hacia el lugar de donde parece subir el ruido, avanza con precaucion. Entónces al través de los zarzales, ve dos pequeñas luces, vacilantes bajo la brisa que sopla con lentas bocanadas.

. . . . No hay duda, alguna emboscada. . . . Con la mirada sobre el lugar sospechoso, el dedo en el gatillo, el granadero va á dar la señal de fuego. Y apartando las ramas, da algunos pasos para ver mejor, para estar más seguro, porque no hay que dar falsa alarma á los "Bonnets Rouges."

En un claro mostrando un giron de cielo, ahora ve, en una especie de pieza de enramada entreabierta, un anciano sacerdote, con la cabeza inclinada, enteramente blanca, elevando la hostia como para una consagracion, mientras que se oyen los sonidos argentinos de una campanita. . . . Tambien está ahí una anciana, con el cuerpo ligeramente inclinado, desatando con mil precauciones con sus débiles dedos, las cintas de un gorrito de niño que tiene sobre las rodillas, un bebé sonrosado, bajo un monton de encajes blancos, con los ojos cerrados, los labios sonriendo á los ángeles, las maucitas escondidas bajo los besos de un anciano con volantes de ruinas, arrodillado muy cerca.

La captura es bella, un sacerdote, dos aristócratas. Y la terrible frase que la Comuna había dictado á los voluntarios antes de partir de Paris, vino á sus oídos: "¡Que no haya gracia ni cuartel!" Ya va á dar la señal con un tiro, va á advertir á los hombres que se quedaron atrás y que sólo esperan su señal.

Pero, por la segunda vez, el fusil del viejo granadero se baja. Una voz que sube del fondo de su sér acaba de gritarle: "¡El pequeño es tambien sospechoso? ¡Degüellan á un niño aunque pertenezca al batallon de la en otro tiempo Cruz Roja?" Entónces. . . . y repentinamente, en una vision rápida, bajo el ala del céfiro que pasa por los robles, ve muy cerca de la gran ciudad, allá en una aldea, una casita muy humilde, muy aislada, en donde una anciana, con los cabellos casi blancos, tiene tambien entre sus brazos á una criatura; ménos engalanada tal vez, pero tambien sonrosada, rubia, preciosa como la que duerme sobre las rodillas de la aristócrata, con los ojos cerrados con el sueño que los ángeles envían á los querubines de la tierra. . . . La imagen de su nietecito está ahí, ahora, delante de sus ojos. . . .

Los minutos pasan; el sacerdote se acerca ahora el grupo. . . . hace con los santos óleos la señal de la redencion sobre la frente, los ojos y la boca del niño, salmodiando las oraciones, los ritos que preceden á las abluciones del bautismo, mientras que en el aire de la mañana sube con el canto de la alondra, la voz clara de la marquesa, rezando el Credo.

El granadero no se ha movido; asiste á la ceremonia con los ojos llenos de lágrimas, el pensamiento muy léjos; cerca de los suyos, cerca de los amados, ve otra ceremonia parecida, en la iglesia del pueblo.

Pero el sacerdote tiene aspecto inquieto y busca con los ojos y la mano al rededor de él, un objeto olvidado. Los ancianos castellanos han hecho un movimiento de sorpresa. . . . la vasija que contiene el agua bendita, destinada á las abluciones, ha rodado sobre el musgo; y en el frasco no queda ni una gota del precioso líquido. . . . Al través de los mirtos y de las zarzas, el viejo soldado ha visto todo, ha comprendido. . . . la desolacion de la marquesa, la ceremonia repentinamente suspendida, la inquietud del sacerdote con el pensamiento de que tal vez no podrá comenarla el día siguiente. . . . Y el anciano gentil hombre que mira á derecha é izquierda, buscando un arroyo. . . . algún manantial oculto. . . .

Si camina algunos centenares de metros, si se aparta de la glorieta, piensa el "Bonnet rouge," pobre de él: como en una espantosa trampa, caerá en medio del batallon. . . . y entónces, á fé mía, es peor. . . .

Pero la vision de allá, de la casita de su mujer, de su nieto, es más fuerte que el deber. . . . Y pronto como un relámpago, dejando su escondite, con gruesas gotas de sudor en la frente, tan fuerte es el combate [de esta vieja alma, tan dolorosa la lucha entre la ternura y el deber avanza hacia el sacerdote, quien, sorprendido, aterrado por esta repentina aparicion, ha dejado escapar un grito ahogado. . . .

—No os mováis, no quiero haceros ningún mal, he visto todo; sé lo que buscáis, tomad. . . . ¡daos prisa!

Y desatando el cubilete de cobre, pendiente de su cinturon, tomó su ánfora y se la tendió al marqués.

Bajo las abluciones, el niño abre sus bellos ojos azules, fija sus pupilas que reflejan el cielo, sobre el rostro velludo y crizado del granadero, luego, con un ligero temblor de labios, que pueden ser besos, le sonríe, mientras que el viejo soldado, inclinado bajo un pensamiento tierno y piadoso, enjuga con el revés de la mano una gruesa lágrima que se desliza hasta su bigote.

La alondra sobre las ramas ha enmudecido. . . . el gran bosque ha recobrado su misterioso silencio, y el viejo soldado explorador, camina, camina siempre. . . . en busca de alguna emboscada. . . .

GETTE DE LA SOUDRAY.

## ESTHER.

Tragedia bíblica en tres actos, escrita en verso francés por J. Racine. Traducida al castellano, por "Fidelior," para EL TIEMPO.

(CONTINUA.)

ESCENA QUINTA.

Dichos y Aman.

ASSUERO.

Del trono de tu rey feliz apoyo  
Acércate hoy, de mis consejos alma,  
Pues tu sólo del cetro de mi mano  
Su peso tantas veces aliviaras;  
Bien sé por tu señor dieras la vida  
Y bien conozco el celo que te inflama;  
Nunca en tus labios la mentira posa,  
Porque está mi interés en tus palabras  
Y por lo mismo consultarte quiero  
Hoy que oculto cuidado me embaraza:  
Dime, pues, qué hará un príncipe magnánim  
Para colmar de honores á quien ama,  
A un súbdito fiel, porque brillante  
Premio, digno de mi, recompensara.  
Mi gratitud profunda no limites,  
Pues ves mi omnipotencia dilatada.  
Por ella rige tu veraz consejo.

AMAN.

(Aparte.)

A ti, Aman, ese premio se te aguarda  
¿A quién otro ha de ser? Y la sentencia  
Pronunciarás tú mismo de tu causa.

ASSUERO.

¿Qué piensas tú?

AMAN.

Señor, busco y estudio  
La conducta y costumbres de monarcas  
Persas, pero hoy en vano los recuerdo  
Todos, ninguno de ellos os iguala.  
¿Qué son cerea de vos? De recta norma  
Ayer como hoy y como hoy mañana  
Servirá á vuestros pósteros el reino  
Que gobernais con intencion preclara.  
Mas si quereis de un súbdito celoso  
Premiar la abregacion, porque os agradan  
Justicia y equidad, debo deciros  
Que honores sólo por su bien halagan  
A un generoso espíritu, y por tanto  
A ese mortal feliz, con esa sacra  
Diadema que llevais, se vea hoy honrado;  
Con la púrpura real de la adórnara

De Susa por las calles conducido  
En un regio coreel, por gloria y fama  
Y la brida llevando, de la corte  
Aquel que más riquezas feliz guarda  
Y más, despues de vos, grande en poderes  
El primero, vestido ricamente vaya  
Clamando en alta voz al pueblo absorto  
Donde quier por las calles y las plazas:  
"Mortales prosternaos, he aquí cómo honra  
El mérito y la fé grande monarca."

ASSUERO.

Veo que estás inspirado  
Por la sabiduría y tu sentimiento  
Está con el que tengo armonizado:  
Anda, no pierdas tiempo, y al momento  
Haz por tí, lo que me has aconsejado,  
Porque anhelo que todo exactamente  
Ahora mismo quede realizado  
Y no se vea en olvido indiferente  
El mérito entre sombras sepultado.  
Al judío Mardoqueo que tú conoces  
Toma, que está á las puertas de palacio,  
Delante de él camina  
Que quiero honrarlo. En mi decreto rehacio  
No seas. A Susa el alto nombre  
De Mardoqueo repite, á quien destina  
El rey tan grande honor y tal renombre  
Y porque más de mi bondad se asombre  
Todos ante él que doblen las rodillas.  
Salid todps.

AMAN.

(Aparte.)

¡Oh dioses!

ESCENA SEXTA.

ASSUERO.

Maravillas

Son estas, hoy, de mi bondad inmensa,  
Que nunca en mis favores  
Concediera á un mortal tales honores;  
Mas en tanto es mayor la recompensa  
Y más grande y gloriosa,  
En tanto es más odiosa  
De ese judío la raza envilecida.  
Y mientras más mi vida  
Insegura sostengo, testifico,  
Con esa pompa real y el aparato  
Con que al judío, bondoso magnifico,  
Que temo ser ingrato,  
No por tal cosa el pueblo abominable  
Dejará de morir y de esta suerte  
Se verá discernido de la muerte  
El inocente fiel, del gran culpable,  
Sus crímenes.....

(Continuará.)

## LA FUNCION DE GRACIA.

I

A mañana estaba encantadora.  
Soplaba un ligero vientecillo,  
que hacía agitarse suavemente  
los árboles de la Alameda; el sol resplandecía lanzando sus rayos que atravesaban el follaje y se respiraba un ambiente suave y perfumado.

La glorieta central se veía ocupada por multitud de niños, que acompañados de sus respectivas niñeras, correteaban y se divertían con distintos juegos, atronando el aire con sus infantiles gritos. Unos jugaban al *toro*, otros al *burro*, aquellos á la pelota, éstos á la canica y las niñas más juiciosas á la *mamá*, juego el más pacífico de cuantos se han inventado, pues todos los personajes que en el figuran, se sujetan á las disposiciones y órdenes de la niña más caracterizada, quien toma su papel á lo serio y lo primero que recomienda á sus *hijos* es la quietud y el juicio. Aquel enjambre de alborotadas abejas, formaba un cuadro bellísimo.

Haciendo contraste con el alborozo general se encontraba, en una de las bancas, aislado de los demás, un precioso niño que aparentaba te-

ner nueve ó diez años de edad. Vestía elegantemente y tenía el aspecto de extranjero. Era rubio y la mirada de sus hermosos ojos azules vagaba sobre los diversos grupos, con un aire de melancolía indefinible; á veces parecía que de sus párpados se desprendía una gota cristalina que iba á detenerse en sus pequeños labios.

Frente por frente al taciturno niño se encontraba una banca, ocupada por una señora de aspecto venerable y dos niños de corta edad, que sostenían una animada charla. Uno de ellos al volver la vista, distinguiendo al solitario niño, coloreósele de entusiasmo el rostro y dirigiéndose á su hermano dijo, con muestra de marcado júbilo:

—¡Mira Carlitos; ahí está Jhoncito!

—¡Sí deveras!

—¡Qué ganas de hablarle! Mamá — dijo dirigiéndose á la señora — ¿quieres que lo convidemos á jugar? ¡Está tan solito!

—¿Pero quién es ese niño?— preguntó la señora, con aire de desconfianza.

—¡Jhoncito! El hijo del payaso del circo.

—Tal vez no quiera y sobre todo... pero en fin, convidenlo, con tal que tengan juicio y se vengan á jugar cerca de mí.

De un salto se pusieron junto al niño, á quien con esa confianza que da la dichosa edad, dándole la mano y abrazándolo, le dijeron:

—¿Por qué estás tan solito?

—¿Quieres jugar con nosotros?

Levantóse el niño, con aire mortificado y estrechando con agradecimiento las manos que con tanto cariño se le tendían, dijo:

—Muchas gracias. Yo no sé jugar á nada.

Y se escapó de su pecho un suspiro.

—¿Cómo?— dijo uno de los niños admirado.—¿Que tu papá no te compra juguetes?... Mira, vamos, á que te conozca mi mamá.

Y tomándolo de los brazos lo condujeron frente á la señora.

—Mamá, dijo Carlos, que era el menor ¿creerás que dice que no sabe jugar?

—¿Por qué no juega Vd., niño? le preguntó la señora, con afectuosa voz.

—Mi papá no me deja jugar, todo el día me tiene trabajando en el circo y me pega mucho; sólo me deja dar una vuelta en las mañanas.

Adivinó la señora todo el sufrimiento que aquel inocente niño revelaba en sus sencillas palabras y conmovida le acarició el rostro. Tal vez hacía tiempo que no recibía una muestra de afecto semejante, pues sus ojos se preñaron de lágrimas y pegando sus labios á la mano de la dama exclamó con ahogado acento:

—¡Es Vd. muy buena! ¡Muchas gracias!

—Mira, no llores, dijo Carlitos.

Siéntate y vamos á platicar.

Nosotros sí nos divertimos mucho... ¡Si fueras á nuestra casa!... Mi mamá es muy buena... Tenemos muchos juguetes... ¡Si vieras qué bonito te ves en el circo!... Y ¿cuanta mucho trabajo subir á la escalera?

—Antes sí me costaba; pero ya no me da mucho, porque mi padre me ha enseñado.

—¿Te querrá mucho tu papá?

El niño guardó silencio.

—Mira, dijo el otro; no te pongas tan triste. Pues sí, nosotros, como dice Carlitos estamos muy contentos. Todos los días nos lleva mi mamá á misa y hoy nos confesamos, para comulgar mañana. ¿Tú no te confiesas?

—No, dijo Jhoncito é inclinó la cabeza.

—Y ¿no tendría Vd. ganas de confesarse?, preguntó la señora.

—¡Cómo no, señora! Era yo muy chiquito y ya mi mamá me había enseñado todo el catecismo. Quería que hiciera mi primera comunión el año pasado; pero se murió y... mi papá dice que quiere que yo no sea beato sino protestante.

—Y ¿Vd. qué dice?

—Mire Vd., señora.

Desabrochó el niño su saco é introduciendo su mano entre los pliegues de la camisa sacó una pequeña estampa del Sagrado Corazon de Jesus:

—Esta imagen me la dió mi madre poco ántes de morir y todas las noches le rezo.

Una idea de esas que sólo brotan en las almas virtuosas vino á brillar en la de la señora:

—Dígame Vd., niño, ¿querría Vd. comulgar mañana?

—¡Ay señora! dijo éste con indefinible expresion de alegría. ¡Cómo no! ¡Qué gusto le daría á mi mamá desde el cielo!

—Pues bien ¿le daría á Vd. permiso su papá de que hoy en la tarde nos acompañara á la casa, lo mismo que mañana muy temprano?

—¡Quién sabe, señora! Dándole dinero seguro que sí; bien que esta noche no trabajo, porque mañana es mi beneficio.

—Pues bien, hoy mismo iré á pedirle á Vd. el permiso.

No puede explicarse la satisfacción que reveló el semblante de los tres niños, que abrazándose y haciéndose expresivos cariños, se despidieron con la esperanza de volverse á ver muy pronto.

Jhoncito se alejó. Su tierno corazon latía á impulsos de una inexplicable felicidad. Era la primera vez que, desde la muerte de su madre, recibía una muestra de afecto. Dios enviaba á aquel infortunado niño un bálsamo de consuelo.

## II

A las cuatro de la tarde del mismo día una señora se presentaba en el vestíbulo del Gran Circo, preguntando por el payaso Jhon:

—Señora, le dijo uno de los empleados. No está capaz de que se le hable, está hecho una cuba en la cantina y sólo ahí se le puede ver.

Vaciló un poco la buena señora. ¡Ella penetrar á aquel antro del vicio y exponerse á ser víctima de las ordinarietas de un payaso mal educado y ébrio por añadidura!

La virtud vence siempre y la dama marchó directamente al sacrificio.

No podía ser peor el cuadro que se le presentó al entrar en la elegante taberna.

En una mesa con cubierta de mármol jugaban á los dados cuatro americanos, apurando con delicia enormes vasos de cerveza y lanzando palabras nada edificantes.

Allá en el fondo un jóven y una mujerzuela, en postura no muy decorosa, departían amigablemente y, por último, el payaso Jhon, con la cara todavía conservando restos de la pintura y con los ojos inyectados, estaba convertido en una verdadera bestia, echado de espaldas en un sillón y con los pies apoyados en el mostrador.

—¿El señor Jhon?, preguntó la señora tímidamente.

—¡Te hablan, animal! le dijo uno de los dependientes, dándole un empujón.

Levantóse el payaso y dirigiendo una mirada estúpida y esperezándose, exclamó con voz aguardentosa:

—¿Quién diablos?

Sintió la señora que se le enrojecía el rostro; pero, queriendo sufrir hasta el fin aquel martirio se acercó á Jhon y le dijo:

—Yo, señor, necesito hablar con Vd. un momento.

—Pues despáchese pronto, porque estoy muy borracho.

—Pues bien, señor, mis hijos quieren mucho al niño de Vd. y sabiendo que mañana es su beneficio le mandan un pequeño obsequio.

Y al decir esto presentó al payaso un precioso estuche que contenía un magnífico Waltham de oro, con incrustaciones de brillantes.

Cambió la fisonomía del payaso, á la vista del obsequio, y quitándose el sombrero que había conservado puesto, dijo:

—Mil gracias, señora; el muchacho no merece tanto.

—Además, señor, dijo aquella, venía á hacer á Vd. una súplica. Mis hijos desean que el niño de Vd. vaya á la casa esta tarde y mañana muy temprano. Ahí se desayunará con nosotros.

—Es un favor de Vd. que acepto.

José, dijo al mozo de la cantina, llámame á Jhon.

Momentos despues se presentaba éste, que al ver á la señora, sintió que le daba un vuelco el corazón; pero haciéndose el desconocido saludó á la señora con cortesía.

Pintar cómo pasó la tarde en compañía de sus amiguitos sería largo y difícil. Sólo podemos decir que á las oraciones de la tarde una señora, acompañada de tres niños, á la puerta del Sagrario, se despedía de un anciano sacerdote, que con los ojos impregnados de lágrimas le decía:

—Me ha traído Vd. un ángel.

¡Bendita sea la misericordia divina!

## III

La luz de la aurora penetrando por las ventanillas del templo formaba un precioso contraste con la luz de una profusion de cirios que se habían colocado en el altar mayor.

Por todas partes se respiraba el suave aroma de millares de flores que se habían regado en el pavimento. El órgano lanzaba sus majestuosas notas y los pajarillos que revoloteaban en la cúpula lanzaban alegres trinos.

Jhoncito veía todo aquello como un trasunto de la vida que había pasado durante los primeros años de su existencia.

Pensaba en su madre, aquella santa mujer que la primera palabra que le enseñó á pronunciar fué el nombre de María; recordaba las veces en que ya acostado en su camita le signaba y le hacía balbutir las primeras oraciones: su recuerdo, aunque vago y confuso, lo llevaba á los últimos días de la que le había dado el sér y aquellas tiernas frases en que le recomendaba nunca se olvidase del Sagrado Corazón de Jesús.

Todo esto lo veía Jhoncito, como envuelto en una neblina; pero revestido de forma tan tierna y agradable, que á cada aspiración de su pecho sentía penetrar en él un agradable frescor, algo así como un efluvio de indefinible dicha en que se anegaba su alma; algo así como una inquietud, una ansia, producida por un goce que llega al colmo, que anuda la garganta y no puede ser traducido por la palabra.

Llegó el momento solemne de acercarse al altar para recibir el pan de los ángeles.

Jhoncito se había transformado; parecía su semblante iluminado por una luz celestial; su mirada límpida se elevaba al cielo como transportada por beatíficas visiones.

¿Qué pasó en aquella alma tierna al recibir el maná celestial?

El mismo sacerdote se detuvo al ver aquella unción, aquel recogimiento y las abundantes lágrimas que vertía aquella inocente criatura.

## IV

Veinte vueltas á la contaduría y

otras tantas á la cantina había dado el payaso Jhon, desde el oscurecer hasta las ocho de la noche.

Entraba á la taberna frotándose las manos y gritando:

—¡Otro vaso de cerveza! ¡Esto promete!

El condenado muchacho ha hecho que casi se agoten las localidades.

Con efecto, Jhoncito, como se le llamaba, era el favorito del público; su gracia y habilidad en las suertes le habían atraído todas las simpatías y apenas se había anunciado su función de gracia todos se habían apresurado á apartar localidades.

En el interior del circo se escuchaba un rumor semejante al que hacen las abejas en el colmenar; los acomodadores no daban abasto y el público se manifestaba impaciente por aplaudir á su predilecto artista.

Llegó por fin el momento en que éste saltó á la pista, acompañado de su padre. Estaba verdaderamente encantador con un precioso traje de terciopelo guinda, que no hacía que se desvaneciera el sonrosado color de sus mejillas. Su mirada revelaba una inmensa felicidad.

Una salva de aplausos resonó por todos los ámbitos del circo.

Colocóse el payaso Jhon boca arriba sobre la alfombra que cubría la pista; tomó una escalera que se colocó en sus pies, ascendió por ella Jhoncito y cuando tocó el antepenúltimo escalón, el payaso hizo girar la escalera en distintas direcciones y con tal rapidez que no podía ya distinguirse de Jhoncito más que un pequeño bulto rojo que hacía rápidas evoluciones.

Recorría al público un estremecimiento nervioso y todos admiraban los prodigios de equilibrio que hacía el niño; pero de súbito se oyó un grito seco, espeluznante, que partió de todas las bancas.

Era que el payaso Jhon, ébrio y fatigado, había bajado las piernas; y al caer la escalera la cabeza de Jhoncito había ido á estrellarse en el cercado de la pista.

Jhoncito había tenido su verdadera función de *gracia*, pues la había alcanzado á los ojos del Señor.

México, 1897.

EMILIO DE ARRIOLA.

## ROMANCE.

Estando en cuita y en duelo,  
Denostado de sufrir,  
El Cid al Rey Don Alfonso  
Fabló en esta guisa, oíd:

—Como atendéis los chismes  
De los que fablan de mí,  
Atendiérades mis quejas,  
Mi sandez tuviera fin.

No supe vencer la envidia,  
Ni supe vencer la lid,  
Pues hoy desfacen mis hechos  
Los dichos de algun malsin.

Mil banderas vos he dado,

Esclavos más de cien mil,  
Y esos que de mi murmuran  
Sólo vos dau que reír.

Yo, que supe daros reinos,  
Yago desterrado aquí,  
Y convusco junto al lado  
Quien los sabe destruir.

Menguas ponen en mi honra,  
Que las estodían en sí;  
Traidor me llaman á veces,  
A vos os toca el mentir.

Cuando fuían de tizona,  
Por ser canalla tan vil,  
Todo saldrá en la colada,  
De colada no hay fuir.

En mataros tantos moros,  
Cuido que los ofendí,  
Dejando huérfanos todos  
Los que coloñan al Cid.

Faced que jozgue mi causa  
El valiente, no el sutil:  
Que entre plumas y tinteros  
Aun Christo vino á morir."

Quevedo.

EL ILMO. SR. DR. D.

## Fray Manuel de Herrera.

Octavo Obispo de Durango.

NINGUNO de los que han escrito acerca de los Obispos de la Santa Iglesia de Durango dice ni la patria, ni la fecha del nacimiento, ni quienes fueron los padres, en fin, cual fué el principio de la vida del Sr. Herrera: comienzan con decir que abrazó el instituto de San Francisco de Paula; [1] pero no asignan cuando fué, y vuelven á enmudecer acerca de su vida eclesiástica y lo único que añaden que era Predicador del rey y Provincial en su Orden. Si ellos que tuvieron más elementos que yo, omitieron estos datos, no podré proporcionármelos, pues no están á mi alcance las fuentes donde podrían encontrarse.

El Sr. Lorenzana asegura que fué presentado para este obispado de Durango el 4 de Mayo de 1686.

El jueves 3 de Octubre de 1686, según el Diario de Robles, llegó á México, el aviso del nombramiento para Obispo de Guadiana hecho por el rey en el P. Fr. Manuel de Herrera, predicador de S. M. y provincial actual del orden de los mínimos de San Francisco de Paula."

Al año siguiente en el mismo Diario del 22 de Septiembre se volvía á repetir la misma noticia, conjeturo que en esa época entró á México, pues el 9 de Noviembre en la fiesta del Patrocinio de Nuestra Señora había pre-

[1] Este Instituto se fundó en Italia el año de 1435; se estableció en España el de 1492 en la ermita de Nuestra Señora de la Victoria de Málaga (Tablas Cronológicas del P. Claudio Clemente, Valencia 1689 pág. 81.) en Madrid el año de 1561 [Grandezas de Madrid por el Cronista Gil González Dávila, allí publicadas en 1623, pág. 249.]

En España el año de 1623 tenían 77 conventos y 1652 religiosos.

En la Guía española de 1787 que tengo, se lee que estos padres tenían provincias en ambas Castillas, Granada, Sevilla, Valencia, Aragon y Navarra, y en Cataluña.

dicado en Catedral «el señor Obispo de Guadiana D. Fr. Manuel de Herrera, de San Francisco de Paula.»

Vuelve á consignar dicho Sr. Lorenzana; que «no se encuentra razón alguna del día en que tomó posesion en el libro correspondiente, respecto á que en este tiempo llegó á verse esta Iglesia sin Prebendados, por haberse muerto todos en el año anterior de 1687.

Se puede aseverar que se dirigió á su diócesi en ese año, por lo que despues se lee en el mencionado Diario de Robles, que el Sábado Santo, 17 de Abril de 1688, «háse dicho viene caminando el señor Obispo de Guadiana D. Fr. Manuel de Herrera, para esta ciudad, y entró este día, y posa en el Colegio de la Compañía de San Pedro y San Pablo; viene á pedir el virrey no se mude la caja real de Guadiana que querían los mineros pasar al Parral, y lo consiguió.»

En Mayo se lee: «Viernes 7 se resolvió en junta general, á petición del señor Obispo de Guadiana D. Fr. Manuel de Herrera, que no hubiese caja real en el Parral sino en Guadiana.»

Regresó despues á su diócesi donde falleció á principios del siguiente año, según se ve en el mismo Diario de Robles: 1689. Febrero.—Lunes 14, hubo nueva de que á 31 de Enero murió en Sombrerete el Obispo de Guadiana, D. Fr. Manuel de Herrera.»

Un año gobernó esta diócesi y verdaderamente se debe lamentar que los hechos de su vida como seglar, religioso y obispo no se conozcan: dignísimo hijo, al fin, de San Francisco de Paula.

MANUEL HERPST.

## VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

LIII

DEFICIT.

He cumplido treita y tres,  
Siendo, por tanto, ¡friolera!  
La mitad de mi carrera  
Andada con mil traspies.

Pronto se vive, ¡canario!  
Apénas el hombre nace  
Cuando en el sepulcro yace  
Envuelto con su sudario;

Pero necios adoramos  
Los momentos de esta vida,  
Cual si halláramos cumplida  
La ventura que anhelamos.

Sin pensar que en este suelo  
Hay más espinas que flores,  
Y los constantes dolores  
Cubren de la dicha el cielo.

Mas, en fin, vamos á cuentas:  
Hasta aquí bellos engaños  
Me hacen pensar que los años  
No entrañan rudas tormentas;

No puedo quejarme, no,  
De los días que he vivido;  
Gratas horas he tenido,  
La pena prontó pasó.

No menciono de la infancia

Los deliciosos ensueños  
Que me halagaron risueños,  
Brindándome su fragancia.

En esa florida edad  
Es constante la ventura,  
Y efímera la amargura,  
No la empeña la maldad.

Desde que pasó la aurora  
Que me alumbró tierno infante,  
Busqué la ciencia radiante,  
Del trabajo protectora.

De Cupido la caricia  
Sentí pronto fascinado;  
Pero ¿á quién no ha aprisionado  
De su lazo la delicia?

Hoy mis afanes prolijos  
Endulza mi buena esposa,  
Y hace mi vida dichosa  
La sonrisa de mis hijos.

Si bien no tengo riquezas,  
Tampoco las ambiciono,  
Pues con glacial abandono  
He mirado sus bellezas.

Pero ¿la virtud? No creo  
De mi vida en los azares,  
Haber hecho centenares  
De buenas obras; lo veo.

Por tanto, ya que las canas  
Me dicen que no es eterno  
El placer, y que el Invierno  
Seca mis flores galanas,

Obremos con más prudencia;  
No echemos en saco roto  
Que en el porvenir ignoto,  
Hay muerte, ó dulce existencia.

LIV

A LA SEÑORITA HERLINDA SILVA.

Elogios y palabras amistosas  
Abundan en tu álbum, dulce amiga,  
¿Qué quieres que mi torpe labio diga?  
¿Qué es la humilde violeta entre las rosas?

Mas ya que bondadosa mis cantares  
Quieres en este libro, óyeme atenta:  
Cuando ruja en tu pecho la tormenta  
De crueles desengaños y pesares;

Cuando ilusion efímera te halague  
Con horas de dulcísima ventura,  
Y en el cenit de tu existencia pura  
El sol de la pasión ardiente vague,

Acuérdate que cruzas este suelo,  
Donde todo es fugaz, dicha y dolores,  
Para bañarte pronto en los fulgores  
De la vida inmortal que está en el cielo.

Feliz tú si al hollar la inmundada escoria  
En que se arrastra el mundo fementido,  
Se levanta tu espíritu atrevido  
Hasta obtener el lauro de la gloria.

La virtud es la base indestructible  
Para ver realizada esa esperanza;  
Practícala, y verás cómo se alcanza  
Del empíreo la paz indefinible.

LV

A MI MADRE LA DEL CIELO.

Te miro ente adelfas, jazmines y rosas,  
Teniendo una alfombra de musgo á tus pies;  
De Sion las doncellas rodéante amorosas,  
Y tú, dulce Madre, sonriendo las ves.

Las aves envidian tu angélica voz,  
Murmuran tu nombre la fuente y el mar;  
Y el aura, tendiendo su vuelo veloz,  
Te lleva el perfume del blanco azahar.

¿Tomó de tus ojos la fresca mañana  
Los lampos que rasgan el negro capuz?  
¿Robó de tus labios la fúlgida grana  
Que brilla en su frente bañada de luz?

Los lirios recogen su espléndido broche,  
Si forman guirnalda que ciñan tu sien;  
Y el día más claro semeja la noche  
Si esplendes radiosa en el célico eden.

Los verdes viñedos del monte Carmelo,  
Las flores galanas del bello Esdrelon;  
Los mismos querubes que pueblan el cielo,  
No encantan y mueven cual tú el corazón!

¿Qué lira merece cantarte, Señora?  
¿Qué hay digno de tu alma belleza y valer,  
Si eres tan linda que á Dios enamora  
Tu limpia hermosura, mirífica Esther?

El Dios que veneran los ángeles bellos  
Ordena á la luna se ponga á tu pie,  
Y mándale á Febo de rubios destellos,  
Sus áureos reflejos sumiso te dé.

Tú tienes del cielo la suave armonía,  
Tú llenas mi vida de ignota emocion;  
Por tí bebo, Madre, la rica ambrosía  
Que arranca á mi lira su amante canción.

Bendito mil veces tu nombre divino,  
Que escuda en su cuita al triste mortal;  
Tú llevas al hombre por grato camino,  
Do no hay del pecado el veneno letal.

Mi Madre te llamo, ¡cuán dulce es tu nombre!  
¡Cuál late mi pecho que se arde en tu amor!  
Permítele, Madre, que férvido asombre  
Al mundo, cantando con fé en tu loor.

Y, al fin, cuando llegue mi último instante  
Rendida se vaya de tí mi alma en pos,  
Y llene mi pecho de amor anhelante,  
La eterna ventura, la gloria de Dios.

(Continuará.)

## LEYENDAS

Y

### Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LXV

30 CONTRA 400.

EL acontecimiento más grande viene tocando ya á su fin. Estamos en los momentos en que la gran epopeya debe llegar á su realización. Pocos días faltan para que los mexicanos seamos libres. Estamos en 1821. Iturbide, el verdadero padre de la Independencia, pasa el 7 de Junio á la vista de Querétaro rumbo á San Juan del Río.

El Brigadier Loaces que custodiaba esta plaza, sabedor que su enemigo pasaba, mandó destacar en su seguimiento el 2º batallón de Zaragoza; pero tal operación no tuvo efecto, en razón que no pudiendo darle alcance se volvió para ésta con no poco desconsuelo.

Poco después advirtieron el paso de la segunda columna, llevando el mismo derrotero, la cual componíase de 30 plazas al mando del valiente General Paredes, y acto continuo salió el mismo Bocinos con 400 hombres y cargó con toda su fuerza sobre los independientes.

Paredes, que tenía la convicción de sostener una causa justa, no le arredró el número de sus contrarios y juzgó más noble entregarse á una muerte segura antes que voltear espaldas.

En tal virtud, siendo alcanzado por Bocinos y poco antes que éste llegase, se parapetó en un risco de peñas á esperarlo, no sin arengar á sus valientes, exhortándolos á morir con valor, aumentando así el número de los mártires de la independencia de su patria, en bien de sus hijos y compatriotas.

Llega por fin el realista Bocinos he-

cho una fiera, y seguro de la victoria, atendida la desigualdad de los independientes, se echa sobre ellos rodeando todo el frente del risco y haciendo un fuego graneado. Pero los valientes de Paredes, sin arredrarse, sostienen el ataque sin el menor asomo de rendición.

Bocinos, decepcionado con aquella tenaz resistencia, dá un segundo ataque acercándose más, y vuelve á ser rechazado con energía por aquel puñado de bizarros, á tiempo que llega Iturbide en su auxilio, haciendo voltear grupas á Bocinos, que huye más ligero que un gamo en compañía de los pocos que le quedaron.

Iturbide, satisfecho sobremanera por tan valiente acción, felicita con entusiasmo á Paredes y á sus soldados, y poco después condecora á todos con unas medallas en las cuales se leía el lema, título de esta leyenda, cuyo nombre ha llevado siempre aquella memorable acción, gloria de independientes y vilipendio de realistas.

De lamentarse es que la masonería, acérrima enemiga del trono, haya asesinado al grande libertador, del cual ha tratado de borrar hasta su memoria, levantando á Hidalgo, quien no hizo sino un papel muy secundario en la gran revolución, supuesto que ni fué el iniciador, sino Allende, ni fué el realizador de ella sino Iturbide. Hidalgo no fué más que maniquí instrumento de los insurrectos, y eso por conveniencia, seguros de que con este anciano ganaría prestigio la causa, en razón del papel que representaba; y el fanático vulgo amalgamando la piedad y religión con la causa, se entregó encubierto con estas ideas y la persona del pobre cura, á toda clase de crímenes inauditos. A esto no puede dársele el título de heroicidad.

Necesitaría no ser mexicano para no ser partidario de la independencia; pero á mi ver, ni era llegado aun el tiempo, ni mucho menos del modo como se llevó á cabo en su principio.

Quizá pronto vuelva Iturbide á tener el lugar que le corresponde en el corazón de los verdaderos mexicanos.

## PLEGARIA.

AL M. R. P. MANUEL DIAZ SANTIBAÑEZ.

Hé aquí estos corazones  
Que te adoran tiernamente  
¡Oh, Dios mío, omnipotente!  
Nunca más los abandones,  
Oye mi ruego ferviente!

Que oigan rugir á su lado,  
Cual Moisés, tormenta fiera,  
Mas de Moisés á manera,  
Ese rayo fiero, airado,  
Nunca los roce siquiera.

Que no conozcan tirano  
Del sol bajo los destellos;  
Que si duermen, sueños bellos,  
Tu caritativa mano  
Haga descender sobre ellos.  
Que las pasiones del mundo

De su derredor se alejen;  
Que nunca, ¡oh, Dios mío! se quejen  
Sus labios, y amor profundo  
En cambio hacia tí reflejen.

Que lleven siempre delante  
A su augusto bienhechor;  
Que á toda hora, á cada instante,  
Digan con labio anhelante:  
¡Bendito seas, buen Señor!

Jesus Rodríguez Tovar.

## LA RECOMPENSA.

EN 1835 llegó á Paris Luis Amé, hijo de un tonelero de San Estéban que, al morir, no dejó ni un céntimo al pobre muchacho.

Recomendado por su padrino Mr. Pagnet, entró Luis como dependiente en la tienda de pasamanería de Mr. Cercelet, situada en la calle de los Osos.

La primera vez que el chico entró en el establecimiento donde debía pasar toda su vida, quedó sorprendido al notar la perfección con que estaban arregladas todas las mercancías y al mismo tiempo fué herido por el rayo del amor, porque desde aquel mismo instante se enamoró de la hija de su principal, de la hermosa Modesta, que á la sazón tenía doce años.

Luis la amó, siendo correspondido por la niña; y en estas pocas palabras se encierra toda la historia de su vida, puesto que durante cuarenta y ocho años estos dos seres, que murieron en el otoño de 1883, no habían dejado de adorarse ni un solo momento.

Y para ellos pasaron los años como un rápido sueño desde el día que se conocieron.

Cercelet era un buen hombre, dotado de excelente carácter y de una actividad infatigable.

Sus negocios prosperaban de un modo extraordinario y su tienda estaba siempre muy concurrida.

Cercelet, su hija Modesta y su dependiente Luis, trabajaban toda la semana, sin que descansaran ni siquiera los domingos, consagrados á revisar los libros y á preparar la venta de los siguientes días.

Así es que, andando el tiempo y cuando en 1848 Cercelet, que se retiró á Nemours, casó á los chicos y les cedió la tienda, ni Luis ni Modesta habían leído un libro ni habían estado jamás en el teatro.

Los recién casados siguieron las tradiciones de su padre y como él, trabajaron con una constancia á toda prueba.

Transcurrieron los años y la luna de miel de aquellos dos privilegiados seres no llevaba trazas de terminar nunca.

—Cuando seamos viejosnos retiraremos, decía Modesta á su marido, y nos iremos á vivir al campo.  
¡El campo! Esta palabra mágica

representaba para ellos todas las delicias y todos los placeres del mundo.

Al fin llegó el día deseado.

Cuando Luis hubo cumplido sesenta años, vendió su tienda á un sobrino de Mr. Cercelet y los dos esposos resolvieron tomar una casa en Clamart. Ante todo, fueron á visitar el país y pasaron un día en el bosque, donde comieron sobre la yerba y se encantaron ante la belleza del paisaje.

Volviéron á Paris llenos de sensación y de ideas nuevas; pero no pudieron ocultarse el uno al otro una impresion que los dos habían experimentado á un mismo tiempo. Aquel bosque de Clamart, con su frescura y con sus hermosos árboles, y la aldea rodeada de vastos jardines, les parecieron demasiado grandiosos, pues se sentían allí como aplastados por la Naturaleza, inmensa para la estrechez de sus pensamientos.

Por lo tanto, decidieron quedarse á vivir en Paris, con el producto de sus saneadas rentas.

Los esposos Amé alquilaron una casita en la calle de San Martin, y desde entónces conviniéron en *divertirse*—palabra mágica para todo parisiense, desde el duque hasta el pilluelo que recoge por las calles colillas de cigarros—y comenzaron á darse la mejor vida del mundo, siempre enamorados el uno del otro.

Paseaban de continuo, frecuentaban los restaurants, iban al teatro, se sentaban en los bancos de la plazas y llamaban constantemente la atención de los habitantes del barrio de San Martin, que admiraban la constancia y firmeza del amor inmenso que aquellos ancianos se profesaban.

Luis y Modesta eran en extremo caritativos y diariamente visitaban á varios pobres de la vecindad, á los que llevaban vino, caldo, ropas y medicamentos, y entregaban algun dinero, porque aquellos amantes vivían de modo que podían conducirse como la gente rica.

En medio de esta existencia tan grata y apacible, Luis y Modesta cayeron enfermos casi al mismo tiempo y se vieron precisados á guardar cama.

A pesar de la felicidad que su amor les proporcionaba, habían tenido un secreto el uno para el otro, que no se habían atrevido á confesarse. Entreambos sufrían la nostalgia de la tienda de la calle de los Osos, y de este sentimiento persistente nació la fiebre que les devoraba.

El doctor Geoffray exigió que se colocaran en el cuarto dos camas, una al lado de la otra.

Luis y Modesta fueron asistidos por dos Hermanas de la Caridad, que no se separaban ni por un instante de la cabecera de los enfermos.

Uno y otro se fueron debilitando, hasta el punto que no podían incorporarse en sus lechos. Casi no se

veían; pero se sentían vivir, respirar y morir juntos, y esto constituía una serena y deliciosa alegría.

Una mañana, al salir el sol, sintió Modesta que iba á exhalar el último suspiro, y llamó á una de las Hermanas de la Caridad para que la incorporase.

La Hermana la levantó en brazos con todo género de precauciones, y la esposa, transfigurada ya, encontró, para pronunciar una sola palabra, su voz dulce y penetrante de otros tiempos, y poniendo toda su alma en este último llamamiento, exclamó:

—¡Luis! . . .

—Aquí estoy, hija mía, contestó el anciano.

Y los dos espiraron al mismo tiempo, habiendo recibido de su constante amor la inaudita recompensa de no haber estado separados nunca, ni en la breve existencia terrestre ni en la otra vida, cuya naciente aurora inundaba de luz sus amortiguadas pupilas.

TEODORO DE BANVILLE.

#### EL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

*Dos hermosas traducciones de un hermoso soneto italiano de Ceresola.*

Alma mía, tu Dios, eterno amante,  
Por fiero lanza el corazon partido,  
Te ofrece en él á tu reposo un nido:  
¡Al nido, al nido, tortolilla errante!

Del mundo en la borrassa rebramante  
Te abre de salvacion puerto escondido  
En ese dulce corazon herido:  
¡Al puerto, al puerto, oh nave zozobante!

Abrió á tu sed inextinguible fuente  
De Jesus en el pecho lanza impía:  
¡Sedienta cervatilla, á la corriente!

Tu fuente, y puerto y nido te revelo  
De Cristo en el costado, oh alma mía  
Conque á dónde te vas? . . . ¡Al cielo, al cielo!

Juan Abel Echeverría.

Alma mía, tu Dios ¡oh maravilla!  
Se deja el pecho abrir por lanza dura;  
Ese nido el reposo te asegura:  
¡Al nido, al dulce nido, tortolilla!

De la vida en el mar, á débil quilla  
Dios ese puerto de salud procura,  
Es tu refugio en la tormenta oscura,  
¡Al puerto, al manso puerto, navecilla!

De Jesus en el pecho abrió el impío  
Fuente donde la sed halla consuelo:  
¡Cervatilla sedienta, al río, al río!

Si nido, puerto y río te revelo,  
Y así miras el cielo en el Dios mío,  
Cómo vacilas, alma? ¡al cielo, al cielo!

Julio Calcaño.

#### EL CRISTO DE MI IGLESIA.

Sobre el altar de la capilla obscura  
Que á la tristeza el ánimo convierte,  
Imágen del dolor, mírase inerte  
De un Cristo agonizante la escultura.

Tiene la melancólica figura  
La severa expresion de aquella muerte  
Que ver no puede el corazon más fuerte  
Sin rendirse á su propia desventura.

¡Cuantas veces, herido en el combate,  
Sintiendo de la pena el acicate,  
Besé sus plantas con filial cariño;

Miéntas llenos de lágrimas mis ojos,  
Rezaba una oracion, puesto de hinojos,  
Con los amores y la fé de un niño!

Rafael Ochoa.

#### A CARMEN.

Con tus ojos lindísimos, Carmela,  
y tu hechicero rostro, que me admira,  
tornó á mis manos la empolvada lira  
rompiendo en harmoniosa cantinela.

Mi pensamiento indómito á tí vuela;  
y mi pecho, no viéndote, suspira. . . .  
El que en tus ojos una vez se mira  
mirarse sin cesar es lo que anhela.

Con tu espléndida faz de nieve y rosa,  
prototipo ideal de las mujeres,  
la gracia femenil en tí rebosa.

Tú no debes quererme ni me quieres;  
pero yo sé que soy, niña preciosa,  
el sér más desdichado de los séres.

Andrés Ortega.

#### SONETO.

No encuentro paz ni me conceden guerra;  
De fuego devorado siento frío;  
Abrazo el mundo y quédome vacío,  
Me lanzo al cielo y préndeme la tierra.

Ni libre soy ni la prision me encierra;  
Veo sin luz; sin voz hablar ansío;  
Temo sin esperar, sin placer río;  
Nada me da valor, nada me aterra.

Busco el peligro cuando auxilio imploro,  
Al sentirme morir me encuentro fuerte;  
Valiente pienso ser y débil lloro.

Cúmplase así mi extraordinaria suerte,  
Siempre á los pies de la beldad que adoro,  
Que no quiere mi vida ni mi muerte.

Petrarca.

#### A UN TRAIADOR AFORTUNADO.

Goza, goza en tu infamia! La serena  
y osada faz levánta satisfecho,  
insulta la virtud, huella el derecho,  
y arrostra la opinion que te condena.

Como lugar de crímenes, que llena  
de cruces la piedad, muestra tu pecho,  
si para el vil á las perfidias hecho  
son premios los honores y no pena.

¡Alienta, pues! La multitud olvida:  
el tiempo envuelve la verdad en dudas;  
la historia engaña; el éxito sanciona.

Únicamente amargará tu vida  
la implacable conciencia, el juez de Judas,  
que no olvida, ni miente, perdona.

Gaspar Núñez de Arce.

#### LA AMBICION.

La engendró el egoísmo, nació ciega  
é inseguro es su paso; astuta, alevé  
y falsa, á toda indignidad se atreve  
y por sus fines hasta el crimen llega.

No es aquel noble afán á que se entrega  
quien al destino á sus afanes mueve  
á que al ansiado bienestar le lleve  
en el mar de la vida en que navega.

En su torpe pasión el ambicioso,  
con febril inquietud corre á su objeto,  
ya hipócrita ó mostrando su cinismo.

Pero al fin, si en su anhelo es venturoso,  
no es mucho que descienda por completo  
desde la altura á que llegó al abismo.

Angel Lasso de la Vega.

#### ANTE LA HOSTIA.

¡De rodillas cayó la muchedumbre!  
Pintada luz descendiendo por la ojiva;  
Como alas de ángel, tiembla fugitiva  
Del sol radiante la rojiza lumbre.  
Y lanza el bronce hasta remota cumbre  
Su ronca voz hiriente, imperativa  
Cuando el sol de las almas, la Hostia viva,  
Se alza bajo la cóncava techumbre.

La turba, en tanto que los ojos vela  
Y hunde, cual selva al huracan, la frente,  
A Dios su culpa y su dolor revela;

Y alada sube la oracion ferviente,  
Como nube de pájaros que vuela  
Cuando apunta la luz en el oriente.

Enrique W. Fernández